

*El acontecimiento será
nuestro maestro interior.*

Emmanuel Mounier

EDITA

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Dirección del I. E. M. en Internet:

<http://www.mounier.org>

Correo electrónico:

iem@pangea.org

CONSEJO DE REDACCIÓN

José María Berro

Juan Ramón Calo

Antonio Calvo

Luis Capilla

Carlos Díaz

José Fernández (SOLITEC)

Luis Ferreiro (Director)

Teófilo González Vila

Eduardo Martínez

Luis Narvarte (Presidente

del Instituto E. Mounier)

Manuel Sánchez Cuesta

Rafael Á. Soto

José María Vinuesa

Correo electrónico Director:

lferreiro@interbook.net

*El Instituto Emmanuel Mounier
trabaja desde la sociedad civil al ser-
vicio de los valores de la persona en
comunidad. Todas las personas que
colaboran en esta revista y en el resto
de sus actividades lo hacen de mane-
ra voluntaria y desinteresada.*

*Existe una versión de esta publicación
en formato PDF a disposición de los
suscriptores, de forma gratuita.*

Periodicidad: trimestral.

Administración, suscripciones,
publicidad:

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Teléfono/Fax: 91 473 16 97

Depósito legal: M-3.949-1986

Diseño y producción:



LA FACTORÍA DE EDICIONES

Plaza del Callao, 1 - of. 407

E-28013 Madrid (España)

Teléfono/Fax: 91 521 32 20

Impresión: Color 2002, S. L. (Getafe)

Terrores gemelos, víctimas gemelas

Instituto Emmanuel Mounier

Un acto abominable

Hemos presenciado los atentados terroristas en Norteamérica con espanto, tristeza y dolor. Espanto, porque más que inhumanos estos actos parecen diabólicos; tristeza, porque, a pesar de su maldad superlativa, son obras de hombres y cuesta constatar hasta que simas puede caer la condición humana, cuesta creer que unos hombres como nosotros lleguen a transformarse en hacedores de infiernos; y dolor por tantas víctimas inmoladas en aras de unos fines que las han rebajado a meros medios y las han despreciado sin ninguna piedad.

Desde estas páginas hemos manifestado nuestra indignación y denunciado, con frecuencia, al poder económico y militar ahora atacado en sus símbolos más representativos. Nos toca, ahora, condenar los criminales actos que hemos contemplado con indignación y horror, y para los cuales no hay calificativos suficientes. Ningún sistema, por despreciable que sea, debe ser derrocado al precio de ni tan siquiera una sola vida humana, es preferible sufrir la injusticia que practicar la violencia contra alguna persona.

Muchas veces se ha repetido que el mundo no podía ser el mismo después de Auschwitz. Allí se había concentrado a las víctimas, elegidas en virtud de una característica que, a los ojos del verdugo, las convertía en infrapersonas. Tampoco podía serlo después de Hiroshima y Nagasaki. El mundo tampoco podrá ser el mismo después del 11 de septiembre, cuando víctimas indiscriminadas han encontrado la muerte en su vida cotidiana, en una concentración laboral masiva, en un instante cualquiera de un día cualquiera.

En vilo aún, con el deseo de que el número de víctimas sea lo menor posible, queremos dejar claro que no es la inocencia o culpabilidad de las víctimas lo que hace condenable cualquier acción que dé muerte a una persona. No tiene sentido preguntar si eran más inocentes en Auschwitz, en Hiroshima o en Manhattan. Defendemos la vida humana desde su concepción hasta su extinción: es sagrada y rechazamos que nadie tenga algún poder sobre ella. Condenamos la pena de muerte, no por la posible inocencia de los condenados, sino a sabiendas de su culpabilidad. Por esto mismo, poniéndonos en el peor de los casos de que ninguna inocencia haya que suponer a las víctimas, nadie tiene derecho a matar a nadie, aunque sean miembros del Pentágono o agentes del imperialismo financiero.

Desde luego, tampoco creemos en la inocencia de los verdugos y de quienes, de algún modo, estén detrás y les den un respaldo directo o indirecto, pero tampoco nadie tendrá derecho a disponer de sus vidas aunque sean manifiestamente culpables.

¿De dónde viene el mal?

A pesar de todo, no es inútil distinguir el origen y las causas de los diversos crímenes contra la humanidad. La historia tiene sus razones y sus lecciones que debemos aprender para no repetir sus sinrazones. Si, por un lado, lo ocurrido en Norteamérica es comparable en su carácter criminal a las otras barbaries que hemos citado, por otro tiene unas connotaciones claramente diferentes, comenzando por el hecho de que los mismos verdugos se han dado a sí mis-

mos el castigo que han administrado a sus víctimas. Auschwitz fue el resultado de la ideología del superhombre y de la aplicación racional de un programa de exterminio a unas minorías despreciadas. Hiroshima, Nagasaki, Dresde... fueron el fruto amargo y gratuito de la supremacía militar, científica y técnica de una potencia incontrolada moralmente, que ya podía considerarse vencedora, con la pretensión de aterrorizar y humillar a un enemigo casi vencido.

Los atentados suicidas nos obligan a pensar en dos causas inmediatas: la locura y la desesperación. Los rasgos demenciales de estos ataques sobrepasan el cálculo político que se supone subyacente a todo acto de guerra, supondrían una escalada en los conflictos abiertos que sólo un poder megalómano tendría la osadía de planear. Sería una decisión equiparable a la invasión de Rusia ordenada por Hitler. No creemos que exista, actualmente, ningún gobierno que lo permitiera. Por eso, nos preguntamos si existen grupos de locos lo suficientemente peligrosos para ejecutar estas acciones. Creemos que sí, y no, necesariamente, de fundamentalistas musulmanes, pensemos en los suicidios colectivos de sectas pseudocristianas, en los atentados del metro de Tokio llevados a cabo por una secta oriental, etc. ¿Por qué esta proliferación de fenómenos de esta clase en todas las culturas y religiones? El subjetivismo y el relativismo moral, la fragmentación de las comunidades de pertenencia, la pérdida de referencia respecto a tradiciones e instituciones de sentido... abonan el terreno para las psicopatologías más dañinas. Los factores sociales, culturales y religiosos son determinantes de muchos actos de violencia que no tienen otra solución que una terapia sociocultural prolongada y profunda.

La otra posible causa, de carácter más político e histórico, es la desesperación de gentes humilladas, marginadas y derrotadas, que soportan cada día la frustración de la impotencia frente a un poder abrumador y a la ostentación de una riqueza que no tiene pudor. Entre las masas que sufren en estas condiciones puede haber innumerables individuos dis-

puestos a pagar cualquier precio por un desquite, por lograr infligir al omnipotente una afrenta que compense tanta frustración. Estos días hemos visto fotografías en las que un grupo de "árabes" sostiene una pancarta con una pregunta en inglés: "Americanos, pensad por qué os odian en todo el mundo". Por desgracia, Norteamérica y, en general, Occidente ha practicado, desde hace, al menos, 80 años, la política más propicia para ganarse el mayor número posible de enemigos, tanto en Oriente Medio como en otros lugares. Ha fabricado guerras, ha derrocado gobiernos, ha apoyado regímenes tiránicos, ha fabricado estados, ha bombardeado, ha apoyado ejércitos y grupos guerrilleros y terroristas que le servían, y que más tarde ha tenido que combatir o perseguir... y así se puede enumerar una larguísima lista de agravios que el orgullo de los pueblos no puede olvidar.

La solución, paliativa en este caso, obliga a la defensa —no al ataque— por medio de la desarticulación de los grupos terroristas, tarea que implica a los servicios de inteligencia y los medios policiales y judiciales, y no a los ejércitos, cuya acción sería tan ineficaz como matar moscas a cañonazos, además de contraproducente, pues añadiría más leña al fuego del rencor que ya arde en muchos ánimos.

La respuesta

Cuando oímos las declaraciones incendiarias e irresponsables de algunos dirigentes norteamericanos tememos que desaten una acción justiciera, compensatoria del orgullo herido y más humillante para sus presuntos enemigos que la sufrida por ellos. De hacerlo así, quedarían a la misma altura moral de los criminales que les han golpeado. Cualquier terror será gemelo del que han sufrido, como lo serán las víctimas que provoquen, sean inocentes o no.

Europa no debe dejarse arrastrar por la posible irracionalidad de estos dirigentes, debe poner un poco de cordura y no aceptar un liderazgo más propio de *Far West* que del siglo

xxi. Es la ocasión para practicar una política internacional independiente y distanciarse del servilismo a la «República Imperial».

Los países de mayoría islámica, que son las primeras víctimas del fanatismo islamista, tienen, también, una importante lección que aprender. La inmensa mayoría de los musulmanes es gente de paz y de bien, pero su credibilidad quedará mucho más perjudicada si no hacen frente con valentía y desautorizan como blasfemos a quienes matan en nombre de un Dios que es, para el Corán, «el Clemente, el Misericordioso».

A largo plazo no hay otra solución que un cambio de las tendencias históricas de control de los intereses estratégicos y de dominación de los pueblos del Sur. Sólo una relación más humilde y amistosa con el resto del mundo reducirá el resentimiento contra USA y Occidente. Sólo una cooperación leal, atenta a la promoción de los pueblos empobrecidos y oprimidos a niveles superiores de bienestar y democracia, aumentará la simpatía, el entendimiento y la paz entre los pueblos, hoy amenazados, pues un holocausto de tantas o más miles de víctimas, causadas por el hambre, la miseria y otras violencias, ocurre a diario en los países del Sur sin testigos televisivos y sin merecer el desgarrado clamor por la justicia que se escucha estos días a todas las horas, cuando las víctimas han sido ciudadanos del mundo enriquecido.

Norteamérica, en particular, y Occidente, en general, tienen una ocasión única para no devolver mal por mal. La respuesta al despiadado ataque que han sufrido tendrá que elegir entre barbarie o civilización, entre brutalidad e inteligencia, entre la demostración de la superioridad militar o la demostración de la superioridad moral y, en definitiva, entre venganza y justicia. Comprendemos que la política es prosaica, pero el deseo de que coincida con la ética nos invita a recordar, para terminar, la poética sapiencial de A. Machado:

«Responde al hachazo

—ha dicho el Buda ¡y el Cristo!—
con tu aroma, como el sándalo.»